Año I. Sábado 5 de diciembre de 1891 Núm. 3.

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

Como estaba anunciado, celebró la Academia Calasancia, el domingo dia 22 de noviembre, sesión privada, á la cual concurrió buen número de socios académicos.

El infrascrito Secretario leyó las bases que han de servir para la formación del Reglamento, y en las cuales se establece que el objeto único y exclusivo de la Academia, consiste en fomentar y propagar, en cuanto sea posible, dentro y fuera de la misma, el espíritu de piedad cristiana y la absoluta adhesión á la Santa Sede, pudiendo ser considerada como cohorte auxiliar del Instituto Calasancio.

La Academia Calasancia estará bajo la protección de S. José de Calasanz y de Sto. Tomás de Aquino.

Los académicos se dividirán en cuatro clases: académicos de Número, Supernumerarios, Correspondientes y Aspirantes. Los primeros no podrán exceder de cuarenta y serán los únicos elegibles para los cargos de la Junta Directiva y para la redacción y administración del periódico; estando además obligados á tomar parte activa en las sesiones académicas públicas y privadas. Las vacantes se llenarán con Supernumerarios, los cuales á su vez tendrán derecho á votar y colaborar en las tareas de la Academia.

Los Académicos Correspondientes serán los de Número ó Supernumerarios que trasladen su domicilio fuera de Barcelona. Tendrán los mismos derechos y deberes que los Supernumerarios.

Podrá ser académico Aspirante cualquier discípulo de la Escuela Pía, que lo solicite á la Junta Directiva.

Los cursos académicos empezarán en octubre y terminarán en abril.

La Junta Directiva se compondrá de un Presidente, de un Vicepresidente, de un Secretario, de un Vicesecretario y de tres vocales, cuyos cargos se renovarán cada dos años, habiendo lugar á reelección.

Estos son los principales extremos contenidos en las bases, cuyas particularidades podrán apreciarse cuando se publique el Reglamento definitivo.

Terminada la lectura de las mismas, se procedió al nombramiento de la Comisión que deberá redactar el Reglamento aludido, resultando elegidos los señores D. Narciso Pla y Deniel, D. Rafael Marsá y don José M.ª Ventura.

Con éste se dió por terminada la sesión.

El Secretario,
Juan Burgada Juliá.

Se suplica á los Sres. Académicos, la asistencia á la sesión privada, que tendrá lugar el día 6 del corriente, á las diez de la mañana, y en la cual se procederá á la designación de los académicos de Número.

Barcelona 2 de Diciembre de 1891.

El Presidente,
NARCISO PLA Y DENIEL.

REVISTA DE LA QUINCENA.

El Congreso Católico del Norte de Francia y del Paso de Calais, presidido por el venerable Obispo de Versalles, y celebrado en Lille los días 18, 19, 20 y 21 del último Noviembre, ha superado en importancia, atendidos el número, calidad y entusiasmo de los congresistas y el carácter práctico de los acuerdos tomados, á los anteriores Congresos que anualmente en aquella región francesa se han celebrado. El mismo día 18 se inauguró en Nápoles, bajo la presidencia del Cardenal Sanfelice, el primer Congreso *Eucarístico* celebrado en Italia, y que ha eclipsado á los que de la misma clase se han celebrado en Lille, Avignon, Lieja, Friburgo, Tolosa, Paris y Ambères, habiendo asistido á él tres Cardenales, 60 Obispos, representantes de varias asociaciones católicas de Italia, Francia, Suiza, Bélgica y Austria, y un número respetable de ilustres personajes de varias naciones europeas. Al mismo tiempo, el Sr. Arzobispo de Sevilla ha anunciado la apertura del tercer Congreso católico español, que tendrá lugar el día 26 de Abril próximo en la ciudad de S Fernando, y por las tesis que han de discutirse en las sesiones privadas y públicas, puede predecirse que no cederá en importancia á los de Madrid y Zaragoza.

Realmente es consolador el espectáculo que los católicos están ofreciendo en todas las naciones del viejo y del nuevo Continente. Los Congresos católicos son de año en año más frecuentes, se ven cada vez más concurridos, sus conclusiones van siendo siempre más prácticas, y aumenta el entusiasmo religioso de los asistentes, se aprietan los lazos de unión entre los fieles, y el espíritu de sumisión y de obediencia á los propios Prelados es progresivamente más incondicional y afectuoso. Muy poderosamente contribuyen esos Congresos á la restauración de la vida cristiana y á la vivacidad del sentimiento católico; y aunque los efectos prácticos de esas asambleas modifica de un modo apenas perceptible el existir de la sociedad, los resultados son, aunque lentos, seguros é inevitables, porque directamente convergen al restablecimiento del reinado social de Jesucristo. Es de notar que todos los Congresos católicos evitan con empeño las cuestiones conexionadas con la gobernacion de los Estados, y si bien reclaman los derechos y las libertades de la Iglesia, y pro-

testan con energía contra las tendencias y los actos secularizadores de los gobiernos, jamás se proponen lanzarse al fragoso terreno de la política militante, á pesar de que en él se mueven y se agitan todos los adversarios de la causa católica. La verdad es que la organización, todavía imperfecta de las fuerzas católicas, y hasta el número, todavía escaso, de católicos fervientes y activos, no permiten presentar batallas en el campo de la política, á los adversarios de la Iglesia y del Pontificado, dueños de las posiciones oficiales, numerosos y decididos, y servidos además por una prensa poderosísima: todavía han de transcurrir algunos años de propaganda, como la que hoy se está haciendo, antes que los católicos reconquisten la influencia que de derecho les corresponde en la gobernación de las naciones. Hoy por hoy, acaso sea lo más prudente, y así lo entienden los Congresos católicos, preparar la opinión, y organizar las fuerzas, y aumentar los recursos, y excitar el fervor, y sobre todo, aumentar las filas de los hombres de acción, sacudiendo á los perezosos, impulsando á los indiferentes, moviendo á los tibios, animando á los dispuestos.

*
* *

La acción salvadora de los Congresos católicos y de las Asociaciones católicas permanentes, es por ahora impotente para impedir los atropellos de que es víctima la Iglesia. Qué han hecho, ni qué han podido hacer, los católicos franceses para evitar el proceso y condenación del Sr. Arzobispo de Aix? Nada, absolutamente nada, y eso que nadie en Francia, ni fuera de Francia, ignora, que Mons. Gouthe Soulard obró, al contestar al Ministro Fallières, como lo exigían su fe y su patriotismo. El gobierno republicano de Francia ha preferido pasar plaza de mal patriota, á mostrarse justo con las autoridades eclesiásticas. Ni aún teniendo de su parte la razón, la opinión general de franceses y estranjeros, y las exigencias del honor nacional ultrajado, han podido hacer otra cosa los católicos de Francia, que protestar contra la arbitrariedad del Gobierno, y hacer una manifestación en desagravio del Rmo. Soulard. Los masones que gobiernan la Francia, antes que franceses son anticatólicos, como los que gobiernan la Italia son anticatólicos antes que italianos. Recuérdese lo que han escrito y hecho los obispos franceses, los cardenales Richard, Lavigevie, Rampolla y el mismo León XIII, para reconciliar con la Iglesia al Gobierno republicano de Francia; y dígase si los hombres que dirigen la nación vecina consentirán jamás cosa alguna favorable á los intereses del catolicismo, cuando se complacen en ver hollada la bandera nacional porque se halla en manos de los católicos, y cuando siendo una necesidad apremiante la unión de todos los franceses, ante el peligro de una guerra á muerte, que es ya inevitable, se esfuer-

zan en malquistarse con los creyentes, que forman la mayoría y el nervio de la nación.

No nos hagamos ilusiones: apesar de la reacción católica que se está operando, la Iglesia tiene que atravesar, si Dios no lo remedia milagrosamente, una crisis terrible en días no lejanos. Es para nosotros indudable que la Santa Sede sufrirá la más sacrílega de las profanaciones, cuando estalle la guerra europea para la cual se aprestan las naciones más poderosas. Sabido es que Francia é Italia militarán en campos enemigos: si vencen Francia y sus aliados, las turbas revolucionarias de Roma, á las cuales se prepara para esta eventualidad, penetrarán con la tea incendiaria en una mano, y la pica demoledora en la otra, por las puertas del Vaticano, queriendo vengar en el Papa la derrota de Italia; si la triple alianza queda vencedora, el gobierno de Italia que entró en ella para asegurar la unidad nacional y la capitalidad de Roma, y que para lograr estos fines se ha impuesto tan onerosos sacrificios, declarará llegada la hora de ultimar sus planes nefandos sobre el Vaticano, abolirá la *ley de garantías* y dejará al Papa expuesto á las iras de las turbas movidas por las logias. Cualquiera sea la suerte de las armas, la masonería tiene preparadas las cosas de manera que el Pontificado, que ni en poco ni en mucho ha contribuído á la terrible guerra, será víctima de ella, sea que venzan la Francia revolucionaria y la cismática Rusia y la protestante Dinamarca; sea que venzan la luterana Prusia y la masónica Italia. Los católicos no pueden prevenir sino con sus oraciones ese funesto resultado: aunque en calidad de católicos no tomarán parte en esa lucha gigantesca, ellos serán los vencidos, y la masonería vencerá ó con Francia ó con Italia, y reforzará las cadenas de la Iglesia. La acción de los católicos, manifestada principalmente en los Congresos periódicos y en las Asociaciones permanentes, y ejercida mediante el apostolado de la palabra, de la prensa y de la caridad, apenas si en Europa influye en el régimen interior de los Estados y en sus relaciones internacionales, y han de pasar todavía algunos años antes de que sea preponderante y decisiva. Pero el conflicto europeo está llamando á las puertas, y todas las naciones han tomado posiciones ó en un campo ó en otro, ó en terreno neutral, y la más ligera impremeditación puede prender fuego al inmenso hacinamiento de materiales explosivos acumulados por las ambiciones nacionales. Esta catástrofe encontrará desprevenidos á los católicos; pero no tanto que se dejen imponer y subyugar de nuevo; antes bien, entonces recogerán á manos llenas los frutos de la semilla que hoy están sembrando, y con ellos brindarán á la sociedod esquilmada, abatida y desorientada.

*
* *

No nos equivocábamos en nuestra anterior Revista Quincenal, al decir que por no tener arraigo en el país y por efecto de una sorpresa preparada por las logias, había de ser necesariamente efímera la dictadura militar de Fonseca en el Brasil. Fonseca se ha visto precisado á dimitir, y con su gobierno tiránico ha cesado la hostilidad á la Iglesia católica brasileña. El nuevo Presidente, Floriano Peixoto, háse impuesto la misión de pacificar aquellas conturbadas regiones, y para ello cuenta con el apoyo de los católicos. Quiera Dios que el Brasil siga el ejemplo que le dan las repúblicas hispano-americanas de Venezuela, Colombia, Ecuador y Chile, donde el Catolicismo goza de las más amplias libertades, siendo allí muy estrechas y cariñosas las relaciones entre la Iglesia y el Estado; y seguramente que así alcanzaría la paz y estabilidad de que aquéllas disfrutan. También Colombia experimentó durante varios años enérgicos y frecuentes sacudimientos; pero ha gozado una paz octaviana desde que se dió un gobierno sinceramente católico. Disfruta Venezuela, de una prosperidad envidiable desde que expulsó del poder á los masones y llamó á los católicos para que rigieran los destinos de la nación. El Ecuador, consagrado oficialmente al Sagrado Corazón de Jesús, puede servir de república modelo para los verdaderos católicos, y á ningún Estado cede en buena y recta administración y en el juicioso uso de las legítimas y honradas libertades. En el Perú se halla la educación confiada á los Institutos religiosos, la política influída por los Prelados católicos, y el orden y la abundancia son efecto de la moralidad que impera en las regiones oficiales. Quiso en Chile Balmaceda prescindir de la influencia católica, y después de haberse convertido en uno de los tiranos más odiosos que recuerda la Historia, fué vencido y proscrito por los ejércitos católicos que en todas sus banderas ostentaban las imágenes del Sagrado Corazón y de la Virgen del Carmen, y que sólo prestaban batalla en viernes, para merecer la protección del Corazón Sagrado. La república Argentina no acaba de determinarse á seguir las huellas de sus hermanas, y de ahí la perturbación incesante en que vive y los peligros que la amenazan y el desbarajuste económico que la arruina. Por pruebas semejantes pasaron las demás repúblicas hispano-americanas del Sur, hasta que se resolvieron á constituirse católicamente y á implorar las luces y la protección paternal de la Iglesia.

*
* *

En España nada particular ha ocurrido que afectar pueda á los intereses católicos. La crisis ministerial que abrió al Sr. Romero Robledo las puertas del Ministerio y dió á sus amigos participación en el presupuesto, podrá tener su influencia política, podrá contribuir á dar solución más ó menos plausible al pro-

blema económico, afianzará por más ó menos tiempo la situación conservadora; pero no modificará las relaciones entre la Iglesia y el Estado que continuarán siendo como hasta aquí benévolas y respetuosas. No hay, que sepamos, en el actual Gabinete, ningún Ministro de procedencia masónica, y todos se precian de ser verdaderos católicos. Mas tampoco nos hacemos la ilusión de que contribuyan á mejorar la situación de la Santa Sede, ya por la escasa influencia diplomática que la España ejerce en los consejos de Europa, ya porque la opinión católica española no prestaría su concurso y adhesión ciega á ninguna resolución importante adoptada por el gabinete Cánovas, combatido enérgicamente por la mayor parte de la prensa católica, y entorpecido en su marcha por la acción hostil de los partidos que más alardean de su significación católica. Dígase lo que se quiera, no conocemos ningún partido militante que esté dispuesto á abdicar sus ideales políticos en obsequio á los intereses de la Iglesia, y por esto, poco ó nada puede hacer la política española en beneficio de la Santa Sede, y únicamente puede manifestar sus preferencias católicas, en los asuntos interiores relacionados con las libertades y derechos de la Iglesia. Y por este lado nada tememos del Gabinete presidido por el Sr. Cánovas del Castillo, antes bien abrigamos la convicción de que secundará la misión de los Prelados católicos, siempre que éstos necesiten el concurso de los poderes civiles.

LA CONCEPCION INMACULADA DE MARIA

Pomposas solemnidades religiosas se preparan en todos los templos, para celebrar la más hermosa y la más poética de las prerrogativas que adornaron á la Madre del Redentor de los hombres: los oradores sagrados de más renombre se remontarán en alas de su genio á las brillantes cumbres del mundo sobrenatural, y repetirán bajo las góticas bóvedas de los templos católicos, las dulcísimas armonías sorprendidas á los coros celestiales, que festejan la integridad original de la Virgen de Judá: todas las asociaciones católicas convocan á sus poetas, á sus músicos y á sus oradores, para panegirizar el triunfo primero obtenido por la Mujer profética que debía aplastar la cabeza de la infernal serpiente: las almas piadosas, que han señalado lugar preferente en su corazón á la devoción hacia María Inmaculada, se disponen solícitas para presentarse, vestidas con la estola blanca de la inocencia, al banquete eucarístico, donde se alimentarán con el pan de los ángeles y con el misterioso vino que engendra vírgenes, y allí esparcirán su espíritu en amorosísimos coloquios con Aquella criatura excepcional, soberana-

mente privilegiada, encanto de la Trinidad Beatísima, y en cuya formación puso Dios á prueba el alcance de su omnipotencia, los tesoros de su bondad, los recursos de su sabiduría.

El día 8 de Diciembre es el día predilecto de los devotos de María, y mejor diríamos, es el día de las expansiones religiosas de todos los verdaderos católicos. Aquellos fieles que no honran el carácter sagrado que se les imprimió en el Bautismo, que sin haber apostatado de su fe, viven como si la tierra fuera su patria definitiva y en ella terminaran todos sus destinos, y que atolondrados por la estruendosa sucesión de los acontecimientos humanos, apenas si se preocupan de los intereses espirituales y de los pavorosos misterios de la eternidad; esos creyentes tibios, esos católicos remisos, esos cristianos de nombre, dejan pasar el 8 de Diciembre sin experimentar emoción alguna, y sólo ven en él uno de tantos días festivos como la Iglesia ha consagrado al Señor. Pero los católicos prácticos y convencidos, los que, mientras peregrinan sobre la tierra, recuerdan que son candidatos á la eternidad beatífica, y anteponen á los intereses y glorias del tiempo, los bienes espirituales y los honores eternos; esos fieles que se preocupan del estado de la cosa religiosa y con amor inefable recorren las regiones de lo sobrenatural y divino, celebran el 8 de Diciembre con inusitado entusiasmo, no sólo porque en él la Iglesia conmemora la más bella de las excelencias de María, sino por ser el aniversario glorioso del más trascendental de los acontecimientos religiosos del presente siglo, porque ese día les recuerda el movimiento de restauración cristiana operado en medio de la sociedad moderna, y al cual debemos indudablemente el no haber ya retrocedido á los horrores del salvajismo.

Y en efecto: cuarenta años atrás no podía sér más aflictivo el estado de las creencias, ni más lamentable la situación de la Iglesia, ni más sombrío el horizonte del porvenir religioso. La incredulidad imperaba con dominio soberano, los espíritus yacían aletargados bajo la fría losa del indiferentismo religioso, la juventud respiraba una atmósfera corrosiva y deletérea, desarrollando sus energías en un ambiente espasmódico, inficionado por los vapores de báquicas expansiones: la fe sufría eclipses, el sentimiento religioso experimentaba desmayos, la ciencia se avergonzaba de ir en compañía de la revelación, el arte estaba divorciado de la piedad y de la virtud, la política ponía todo su empeño en secularizarse, y hasta las letras se ocultaban para penetrar en el templo. Sólo eran considerados como hombres superiores los que hacían alarde de despreocupación religiosa, y eran despreciados como retrógrados, oscurantistas, enemigos de la cultura y del progreso, los que se mantenían adheridos á las creencias tradicionales. El sabio, el literato, el artista, el político, el diplomático, se veía precisado á ocultar sus creencias cristia-

nas y sus convicciones católicas, si aspiraba á un porvenir brillante; porque la religiosidad se tenía como característica de espíritus medianos, como inocente entretenimiento de almas sencillas, como cualidad tolerable en niños y mujeres. Quizás en ninguna otra época de la historia cristiana había sido tan escaso el número de los creyentes, ni tan considerable el de los adversarios del supernaturalismo cristiano. Los impíos se preparaban para celebrar los funerales de la Esposa del Cordero sin mancha, y afirmaban con enfático tono, que en el reloj de los siglos iba á sonar la postrera hora del Catolicismo.

Mas he ahí que, en medio de aquel abatimiento de los espíritus y en medio de aquel letargo de las conciencias, y cuando mayor era el decaimiento de los fieles y el ardimiento de los impíos, Pío IX anuncia al mundo su propósito de declarar dogma de fe la Concepción Inmaculada de María, y el mundo todo se puso en espectativa como en vísperas de un acontecimiento anacrónico: los católicos débiles temieron, los incrédulos se burlaron, los impíos promovieron ruidosas alharacas, y estimularon todos los intereses bastardos, y azuzaron todas las pasiones groseras, y concitaron todos los odios malignos, y movieron todas las plumas venales; y sólo los hombres de una fe viva y robusta continuaron creyendo en los destinos inmortales de la Iglesia. Poco le importaba á la impiedad, que María hubiera sido esclava del pecado, ó hubiera sido concebida sin mancha original; pero en el propósito de Pío IX venía propuesta la cuestión capital del tiempo presente; debía decidirse si la revelación era una verdad, si las palabras de esperanza pronunciadas por Dios en el Paraiso habían obtenido su cumplimiento, si las puertas del infierno habían prevalecido sobre la Iglesia, si ésta era dirigida por el Espíritu Santo; debía decidirse si el mundo se afirmaba en sus creencias cristianas ó si volvía las espaldas á la Cruz.

Aquél fué el momento crítico de la historia contemporánea: la apostasía había llegado á su *máximum*, y Pío IX anunció á los pueblos cristianos, que era preciso decidirse por la luz ó por las tinieblas, por Cristo ó por Belial. Tal era en aquellas circunstancias la significación de la proclamación dogmática de la integridad original de María. Así lo comprendieron los creyentes y los incrédulos, los adheridos á la revelación y los partidarios de la razón independiente. Ante el propósito del Pontífice Soberano, el mundo civilizado se dividió en dos campos opuestos: los que en la Iglesia veneraban la obra de Dios, se alistaron bajo la bandera tremolada por Pío IX: todos los que habían claudicado en su fe corrieron á formar en las filas del racionalismo. El día 8 de Diciembre de 1854, día de júbilo para la Iglesia católica, día de las grandes expansiones religiosas, día de los grandes entusiasmos místicos, fué el punto de partida de esa reacción

católica que todo lo invade, que todo lo informa, que es la única esperanza de salvación para la sociedad moderna, ante la cual sólo permanecen indiferentes los espíritus menguados, los hombres que nada ven más allá del círculo de sus relaciones individuales, los que no interrogan á los acontecimientos, los que no llaman al porvenir. De ese día data ese dispertar de las creencias dormidas, ese revivir de las prácticas abandonadas, ese retorno á las tradiciones paternas, esa satisfacción á los sentimientos piadosos.

Por esto, el día 8 de Diciembre de 1854 determinó una lucha empeñadísima entre los enemigos de la Iglesia y los afiliados á ella; lucha formidable que se riñe en el terreno de la ciencia, en el de las artes, en el de la política, en la tribuna, en la cátedra, en el foro, en el libro, en el folleto, en el periódico; lucha muy desigual en un principio, porque los enemigos de la Iglesia tenían tomadas todas las posiciones estratégicas, pero ya hoy igualada por las ventajas obtenidas por los católicos, quienes obligan á muchos de sus enemigos á batirse en retirada. Antes de la famosa fecha en que fué solemnemente reconocida la más hermosa de las prerrogativas de María, la Iglesia se veía oprimida, despojada de sus bienes y de sus libertades, eliminada de los negocios públicos, relegada al sagrado del templo: los jerarcas de la Iglesia protestaban contra las vejaciones y arbitrariedades de que era víctima; pero los fieles no secundaban su acción, y bien podemos decir que se hallaban en cuadro, sin huestes que les apoyaran, al reñir sus batallas contra la impiedad. En todo rigor, antes de ese día memorable, no había lucha; no se percibía el fragor de los combatientes, pero se oían claros los himnos de triunfo entonados por la impiedad, y los lamentos del oprimido exhalados por la Iglesia. Pero gracias á la reacción católica operada por la proclamación dogmática de la Concepción Inmaculada de María, hoy se combate con éxito en defensa de la verdad católica y los fieles capitaneados por sus Pastores, y los Pastores y los fieles secundando la acción del Papa, obtienen á diario ventajas considerables sobre los sectarios del error, siendo cada día más universal la convicción de que la sociedad moderna, si no se acoge á la influencia saludable de la Iglesia, experimentará, á no tardar, sacudimientos espantosos, convulsiones tremebundas, infortunios inmensos, catástrofes apocalípticas.

Esa proclamación dogmática no aportaba ninguna verdad nueva, ni imponía ninguna práctica inusitada: sólo elevaba á la categoría de dogma una creencia universal de los católicos. La Iglesia había enseñado siempre la Concepción Inmaculada de María; celebrábase ese misterio, con culto religioso, el día 8 de Diciembre, en todo el orbe católico; por lo que á España respecta, desde que, á instancias de Carlos III, el Papa Clemente XIII espidió en 1760 la Bula que declaraba á la Concepción Inmacu-

lada, Patrona de las Españas é Indias y de todos los dominios españoles, era el 8 de Diciembre uno de los días más solemnes del año: desde el siglo XIII se había introducido en las Universidades católicas, y entonces lo eran todas, la costumbre de exigir juramento, de defender la Concepción Inmaculada de María, á los doctores que tomaban posesión de sus cátedras. Pues ¿por qué esa definición dogmática adquirió tan estupenda importancia, y conmovió tan hondamente á todos los espíritus?

Lo hemos consignado ya: su aceptación equivalía á una profesión explícita de fe católica; la impugnación de ella equivalía á una apostasía de la Iglesia Romana. Desde aquel día, todos los católicos prácticos y activos enarbolaron el estandarte de María Inmaculada: todas las obras católicas se emprendieron bajo los auspicios de María Inmaculada: todas las asociaciones de propaganda se consagraron á María Inmaculada, y María Inmaculada ha sido desde entonces el emblema de la regeneración católica y la garantía del triunfo definitivo del Pontificado sobre la Revolución impía y secularizadora.

UN ACADÉMICO.

A la Inmaculada Concepción de María

Primero que el orbe del caos surgiese,
Y fuesen los cielos y fuese la luz,
Primero que el Angel las alas abriese,
De Dios el encanto y delicia eres Tú.

Tú sola, mi vida,
De gracia eres llena,
Paloma escogida,
Celeste azucena.

El peso y medida fijado aún no había,
Ni al astro su ruta, ni lindes al mar;
Ni el río de flores el valle aún ceñía,
Ni el monte aún mostraba su frente imperial.

Tú sola, mi vida, etc.

Para tus piés bellos formó Dios la luna,
Tejióte el vestido con rayos del sol;
Para esa tu frente, pura cual ninguna,
Creó doce estrellas de ardiente esplendor.

Tú sola, mi vida, etc.

Clamó al contemplarte: «De cielos y tierra
La más primorosa criatura serás;
No habrá en Tí pecado, ni contra Tí guerra
Mover al infierno rebelde podrá.»

Tú sola, mi vida, etc.

«De amor viva hoguera será tu amor tanto,
Que amar cual Tú nunca podrá el Serafín;
Gozoso en Tí mora el Espíritu Santo,
Sé Tú de mi Verbo precioso viril.»

Tú sola, mi vida, etc.

Ved como la tierra, ya madre fecunda,
Primicias y galas derrama doquier;
Ved como el espacio la luz todo inunda,
Ved como impotente se agita Luzbel.

Tú sola, mi vida, etc.

J. Coll y Vehí.

Bernardita de Lourdes.

Con el título que encabeza estas líneas acaba de publicar el Dr. D. Ramón Font, Vicario General del obispado de Gerona, una hermosa biografía castellana, primorosamente escrita, de la privilegiada Pastorcilla á quien tantas veces se apareció la Virgen María en la gruta de Lourdes. Es una verdadera joya literaria. Imposible es meterse en su lectura, y soltar de las manos el libro, antes de haber saboreado todas sus páginas. ¡Qué sencilla, qué candorosa, qué pura y qué santa aparece en él, Bernardita! Al leer las reseñas de las apariciones, creemos firmemente en éstas como si fuéramos testigos presenciales, y acompañamos á Bernardita á las rocas de Massabielle, y contemplamos sus éxtasis, y asentimos á sus relatos, olvidándonos de que estamos leyendo y no presenciando aquellas maravillas. Vemos el nacimiento de la fuente milagrosa, presenciamos los prodigios en ella obrados, y estamos seguros de que María Inmaculada en persona comunica con la sencilla é inocente niña, y todo esto lo tenemos por tan cierto, que llega á parecernos natural y no milia groso, y hasta nos sublevamos contra la incredulidad del Comisario Jacomet, por parecernos que se empeña en negar la evi-

dencia. Nnnca indica el Autor su intento de persuadirnos cosa alguna, sino de informarnos acerca de los hechos ocurridos, y con todo nos deja completamente convencidos de los sucesos sobrenaturales que relata.

Toda la vida de Bernardita se desliza entre la paz interior de la inocencia y las dulzuras de una alma enamorada de Dios. Vive en el claustro como una santa insigne, y el lector comprende que su muerte es el tránsito á la eternidad gloriosa. Terminada la lectura, brota espontáneamente del alma este pensamiento: como Bernardita vivieron muchas sagradas vírgenes á quienes veneramos en los altares.

Recomendamos á nuestros lectores el preciosísimo relato biográfico, editado por Tomás Carreras de Gerona, y felicitamos sinceramente á su ilustre Autor, por la maestría con que ha desempeñado su tarea. Como muestra de ella, reproducimos el pasaje referente á la festividad que la Iglesia celebra estos días, y á la cual está en gran parte consagrado este número de LA ACADEMIA CALASANCIA:

«Continuó Bernardita sus visitas y oraciones en la memorable Gruta; pero no volvió á aperecérsele la Señora hasta el día 25 de marzo (1858) en que celebra la Iglesia la festividad de la Anunciación.

»Amaneció un hermosísimo día: sereno el cielo, maravillosa la aurora, puro el ambiente, agradable la temperatura, alegres y amenos los prados y ricamente delicioso el siempre bello panorama del valle de Lourdes.

»Acompañada de innumerable multitud, llegó á la Gruta Bernardita. Brillaba en su semblante la más pura alegría, vivo reflejo de la esperanza que dulcificaba su espíritu.

»La fuerte conmoción que experimentó la niña, seguida de repentino y misterioso arrobamiento, anunció á los circunstantes, que el aparecimento había comenzado.

»Observó Bernardita, que la aureola formada por la luz era más intensa, más vivos y brillantes sus reflejos, y más resplandeciente y subido el azul celeste del cinturón.

»¡Oh, hermosa Señora! (dijo la niña) ¿quereis tener la bondad de revelarme, quién sois y cómo os llamais?

»Repitió otras dos veces y con el mayor fervor y terneza esta súplica, sin obtener contestación; pero reiterada por cuarta vez, levantó los ojos al cielo, la maravillosa Señora, y juntas las manos sobre el pecho, dijo con dulzura celestial á la niña, en patois: SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN.....»

EL RACIONALISMO

Discurso pronunciado por el Presidente de la Junta de la Academia D. Narciso Plá y Deniel en la sesión inaugural del curso académico de 1891 á 1892.

RESPETABLES PADRES:

SEÑORES ACADÉMICOS:

SEÑORES:

Cuatro años han cumplido desde que esta Academia inauguró sus tareas, y bien recordareis, señores Académicos, que en aquella sazón, el que de nosotros más adelantado se hallaba en la jornada de la vida, no había aún traspasado los dinteles de la juventud; y los más, los que ahora constituís el hermoso y robusto cuerpo de esta Academia, contemplabais estas sesiones desde estas galerías donde otros han venido á sustituiros, y os hallabais aún en aquella feliz y dichosa edad, en que entregados á la tutela de estos virtuosos Padres, compartíais juntos y bajo un mismo techo el pan cotidiano del alma y de la vida. Y en verdad que cuando hoy, los que como yo, no sé si por fortuna ó por desdicha, pero sí que por natural curso de la vida, nos vemos obligados, algunas veces, á apartar las miradas de vosotros, entregándonos en brazos de la sociedad para que ella con sus agitadas olas nos conduzca al lugar que Dios nos tenga reservado para destino; al volver los ojos hacia esta Academia, no podemos menos de mirarla con amor y de romper una lanza, siquiera sea tan pobre y frágil como la mía, en su obsequio.

Porque, señores, todos los que tenemos la honra de formar parte de esta Academia desde su fundación; todos cuantos recordamos que nacida ella como nacen todas las cosas verdaderamente cristianas, esto es, con grandiosísimo celo y nobilísimo fin, sí, pero con aspiraciones verdaderamente humildes y sólo al calor del sentimiento de gratitud que unos cuantos discípulos de la Escuela-Pía, sintieran hacia sus antiguos profesores, y vímosla sin embargo al año siguiente organizarse en verdadera Academia, abrir dichosamente tres cursos y cerrar los tres con

no menor éxito, después de haberos hecho oir desde esta tribuna, ora hermosísimas peroraciones, tan nutridas de doctrinas como correctísimas por su forma, ora inspiradísimas poesías, con las que jóvenes y tiernas almas os han cantado los más nobles sentimientos, la religión, la naturaleza, la vida en suma y por bellísimo estilo; todos los que hemos ido siguiendo los trabajos de esta Academia de sesión en sesión, viéndola siempre obtener el aplauso de los unos y la admiración de todos, hasta que ya hoy no pudiendo contener su vida dentro los estrechos límites de este recinto, aspira á tener y tiene ya su órgano propio en el estadïode la prensa científica y religiosa, en el que acaba de hacer solemne y triunfal entrada; en suma, señores, todos los que vimos á la Academia Calasancia nacer tan humilde y la contemplamos hoy con la frondosidad de sus ramas y en su exuberancia de vida, no podemos menos de creer que esta Academia, ha obtenido la más alta de las recompensas, el más preciado de los galardones, el mayor de los triunfos: que la Academia Calasancia ha sido por Dios bendecida.

Pero, señores, esta Academia que hasta ahora había visto deslizar su vida con sin igual fortuna, cometió á fines del pasado curso un notable desacierto. Tenía ella que elegir presidente y olvidándose que era imperiosísimo deber suyo, elegir para tal cargo á alguno de aquellos dignísimos miembros que la componen y que con tanta honra para ella en el día de hoy hubieran podido representarla; hízolo, señores, poco menos que al reves; eligió de entre sus individuos á uno de los más humildes, á uno de los que menos títulos ostentaba; eligióme, señores, á mí, cuyos merecimientos, bien lo sabeis, son escasísimos y nada valiosos. De esta suerte resulta en estos instantes un doble mal, uno para la Academia y otro para mí. Para esta Academia, porque si alguno de vosotros, señores, intentara juzgarla por lo que en el día de hoy pueda yo deciros. ¡Ah señores! el juicio que de ella formaría sería bien inferior, muy inferior al que ella merece; y otro mal para mí, porque siento cargar sobre mis hombros un peso que es muy superior á mis fuerzas.

Pudo quizás esplicar vuestra elección, el saber el inmenso amor que yo á esta Academia profesaba y el entrañable cariño que por estos bondadosos Padres y hasta por las paredes de este recinto siente mi alma. ¿Pero si esto puede esplicar vuestra elec-

ción, puede acaso justificarla? ¿Tengo, por ventura, aquella autoridad tan necesaria para un acto tan importante como el que en este momento celebramos? ¿Qué asunto puedo yo tratar que sepa tratarlo de una manera digna de vosotros? ¿Tengo siquiera aquellas condiciones que á un auditorio tan numeroso y selecto como el que me escucha, lo mueven ya anticipadamente al respeto y lo preparan á la benevolencia? ¿No es verdad, queridos Académicos, que sólo pedisteis consejo á vuestro cariño hacia mí? Pues yo, aleteando, fatigoso y con el invencible pesar de no poder corresponder dignamente á vuestras esperanzas, me acojo á vuestro cariñoso mandato. Entre tanto, á vosotros, señores, en el día de hoy no os pido benevolencia, estoy seguro de vuestro respeto: me basta vuestra compasión, la compasión que á vuestros generosos pechos tiene que inspirar mí situación angustiosa, mi pobre palabra y débil voz obligada en estos instantes por la voluntad caprichosa de mis compañeros á deciros algo que pueda ser digno comienzo de nuestras tareas académicas en el presente curso.

*
* *

Voy á hablaros de aquel error epílogo de todos los errores, de aquella herejía, resumen y compendio de todas las herejias, de aquel veneno tan sútil como mortal que hoy tiene inficionadas todas las atmósferas é invadidos no pocos ateneos, parlamentos, liceos, cátedras y academias, llamado Racionalismo.

Mas como no siempre se han atribuído iguales conceptos á esta palabra, precísame ante todo, deslindar bien lo que por racionalismo entiendo. Entiendo por racionalismo aquel sistema que considerando á la razón humana sin relación alguna con Dios, la erige en árbitro supremo de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; constituyendo ella para sí misma su propia ley: de donde se sigue que la razón y sólo la razón humana es la regla soberana según la que puede y debe el hombre adquirir el conocimiento de las verdades de toda especie, lo mismo las del orden científico que las del orden religioso. Y para concretar más mi pensamiento os diré: que de esta definición que creo se ajusta perfectamente á la completa y acabada definición que del racionalismo nos dió el inmortal Pío IX, se desprende: que son y deben ser considerados como racionalistas todos los sistemas fi-

losóficos y teológicos modernos, desde los deslices de Gunther y Froshehammer, hasta los sistemas más manifiestamente panteístas, positivistas y materialistas, si es que positivismo y materialismo no son una misma cosa como yo entiendo.

Ahora bien: la afirmación de que el racionalismo parte, se halla en abierta oposición con aquella otra que hace diez y ocho siglos viene profesando la mayor parte del mundo civilizado, y que sin que intente rebajar ni menoscabar en lo más mínimo los derechos de la razón, establece, sin embargo, que hay un determinado orden de verdades, cuales son las de índole religiosa, que tienen acá en la tierra una autoridad instituída por el mismo Dios para definirlas y explicarlas; que sus declaraciones, por serlo de la misma verdad, han de ser humildemente aceptadas por la razón del hombre, que fuera de ellas no es posible más que el error y el mal, que la influencia de esa divina Iglesia en la sociedad es santificante, y que fuera de ella no hay salvación. He aquí, señores, las dos fórmulas que vienen á representar en suprema síntesis, la oposición más fundamental que hoy trae dividida á la humanidad, representante esta última de la antigua y tradicional civilización cristiana, representante aquella otra del moderno y revolucionario movimiento racionalista.

No he de narraros, señores, las inmarcesibles glorias de la civilización cristiana. Ni mi torpe lengua puede contarlas, ni han de bastar todos los siglos venideros para contar las inagotables excelencias que ella encierra. Tanto valdría, como que en plácida y serena noche me empeñara en contar las infinitas perlas diamantinas que tachonan la bóveda azul del firmamento. Todos vosotros por otra parte conoceis el Cristianismo, la sublimidad de sus dogmas y la incomparable belleza de sus misterios: todos vosotros sabeis que su moral es tan clara y tan sencilla que hasta los niños la comprenden; á la vez que tan grande y tan sublime, que desde la primera palabra á la última, raya siempre en lo sumo y lo supremo; tan excelente y perfecta, tan pura y virtuosa, que en ella y por ella no hay vicio que no pueda corregir, ni pasión que no pueda dominar, ni dolor que no baste á remediar, ni mal que no sea poderosa á destruir; todos en fin conoceis la religión del Crucificado, todos sabeis que es ella la religión del amor purísimo y de la caridad más acendrada. Y si esto por lo que se refiere á su moral, no conoceis menos, señores, el in-

flujo poderosísimo que el Cristianismo ha ejercido en la civilización del mundo y en todos los órdenes de la vida, lo mismo en el político y social que en el científico y artístico. No, por mucho, señores, que mi pobre inteligencia se empeñara en presentaros la incomparable belleza de los principios por el Cristianismo aportados al orden familiar, político y social: por mucho que hiciera para trazaros las figuras de los Jerónimo, Buenaventura, Agustín, Alberto el Grande, Tomás de Aquino, Suarez, Scott, ó las de Miguel Angel, Rafael, Tasso, Granada, Luis de León y tantos y tantos otros hombres eminentes, portentos de inspiración, de genio y de saber, gloria y prez de la civilización cristiana; por mucho que pudiera afanarme en recordaros aquellas notas de sin par belleza que despertó en el hombre el arte cristiano, sumergiendo su corazón en un piélago tal de dulzuras y entusiasmos, de arrobamientos y deliquios, como jamás los había sentido iguales el corazón del hombre, y como jamás los ha de sentir mayores; por mucho en fin que pretendiera, señores, presentaros la sin igual sublimidad del Cristianismo, ni habría de poder presentaros á la ciencia cristiana con todo su esplendor, ni al arte cristiano con sus maravillosas creaciones, ni á la civilización cristiana con sus infinitas é inagotables excelencias. Y os diré más: entiendo, señores, que por mucho que el hombre más eminente en el saber aguzara su ingenio, por mucho que penetrara en el abismo sin fin de su sabiduría, por mucho que quisiera remontarse en la concepción de los más inefables misterios, ni se remontaría tanto, ni penetraría tanto, ni aguzaría tanto, que fuese capaz de presentarnos con toda su sublimidad y grandeza, ni las altísimas virtudes, ni los divinos misterios de incomprensible belleza, ni las innumerables glorias de la civilización cristiana.

*
* *

Pero, señores, si puedo y debo prescindir de presentaros las glorias y las grandezas del Cristianismo, si he de cumplir lo que antes os prometiera, debo exponeros á continuación el origen y desarrollo de ese movimiento que frente á frente y contra él se ha levantado, llamado Racionalismo.

No creo, señores, que ninguno de vosotros vaya á buscar el origen del racionalismo en aquel movimiento que se inició en el

espíritu humano allí hacia fines del siglo XV. Había en aquel movimiento mucho de generoso y grande, y seguramente todos bendecimos cuanto es grande y generoso. No creo tampoco tengamos que buscarlo, y en esto quizás discrepe ya de alguno de vosotros, en aquel gran suceso apellidado Renacimiento, que trazando al ideal artístico más espaciosos derroteros, introdujo en la historia europea un gran sentido de novedad. Porque si bien es cierto, señores, que el Renacimiento introdujo una verdadera revolución en el arte, entiendo, sin embargo, que ella en manera alguna trascendió á lo íntimo ni á lo esencial, y si tuviéramos que condenar el Renacimiento porque despertó cierta corriente de simpatía hacia la antigua belleza pagana de Roma y de Grecia, creo que entonces en buena lógica nos tocaría también rechazar á la escolástica, por haber más de una vez inspirado sus principios, ora en el idealismo platónico, ora en el dinamismo aristotélico; y de la propia suerte, señores, que no puedo menos de mirar con amor á esta filosofía, á mí me es también imposible condenar el Renacimiento.

El primer hecho en el cual aparece marcado el impulso racionalista no tuvo lugar hasta el siglo XVI y fué la revolución protestante. Y aún no ya, señores, porque el protestantismo dijera en su aparición, que quería desterrar del pensamiento humano la idea religiosa cristiana; bien sabeis, por el contrario, que en su principio aparentaba tan sólo una ridícula farsa, diciendo que quería desterrar los abusos que el tiempo y las pasiones habían introducido; pero como se levantó contra la autoridad de la Iglesia y proclamó la independencia de la conciencia individual, llevaba ya escondido en su seno el principio de la muerte, el principio racionalista, por más que la excitación religiosa provocada por aquella herejía, retardara algún tanto la aparición de este fenómeno. Pero terminado ya el período de excitación y en pleno siglo XVIII, el principio del libre examen había de dar sus frutos y concluir más ó menos tarde con la disolución total del protestantismo. El protestantismo, señores, empezó á morir y hoy se encuentra ya agonizando, por más que haya querido vivificarlo el fideísmo sentimentalista de Schleiermacher, pero no sin que antes haya dejado sembrada por la Europa la perniciosa semilla del racionalismo, cuyos maléficos frutos está recogiendo la sociedad de nuestros días.

Empieza verdaderamente la crísis para el Cristianismo allí á fines de la pasada centuria. Pero quizás haya entre vosotros alguno que se asombre, de que estando haciendo el proceso del racionalismo, me encuentre ya en el siglo XVIII sin haber pronunciado el nombre de un filósofo célebre, sin que haya salido de mis labios el nombre de Descartes. No ignoro, señores, que son muchos, y entre ellos no pocos católicos, que presentan á Descartes como padre del Racionalismo. No he de negarlo, señores, ni lo afirmaré tampoco, que no tengo autoridad para tanto. Pero sí os debo decir, que á mí me es imposible evocar el nombre de aquel genio extraordinario sin sentir por él el más profundo respeto. Es cierto que Descartes erró como en uno ú otro punto han errado la mayor parte de los más grandes pensadores. Es cierto también, y esto ya es más triste, que Descartes echó al mundo las semillas que desarrolladas más tarde podían producir el monstruoso sistema racionalista. Pero, señores, aquel gran genio, aquel hombre eminente en todos los ramos del saber, se distinguió siempre por su firme é inquebrantable adhesión al catolicismo; Descartes, señores, pudo tal vez dar al mundo doctrinas que bien ó mal interpretadas alentaran más tarde al racionalismo, pero Descartes, señores, no fué jamás racionalista. El fué, sí, quien ideó la duda metódica, poniendo por primer fundamento de la *filosofía* la conciencia propia, pero ni Descartes rechazó jamás la legitimidad del criterio de la evidencia, ni su famosa duda fué jamás una duda real y verdadera, sino *supuesta* y *ficticia*. El no destruyó jamás el principio de la certeza como hizo más tarde el padre del Racionalismo, Kant; por el contrario, fundó siempre el criterio de la evidencia en la veracidad de Dios, de quien él mismo nos dice en sus obras que no pudo querer engañarnos. Y si Descartes al empezar sus estudios quiso deshacerse de toda opinión, advertidlo bien, señores, no fué de toda creencia relgiosa sino de toda opinión filosófica, y aún esto sólo se atrevió á hacerlo, después de haber dejado firmemente aseguradas las verdades de la fe, de las que él mismo nos dice que fueron siempre las primeras en su creencia, y en las que había sido educado por la gracia de Dios desde su infancia. ¡Ah, señores! Tengo para mí, que si sus discípulos hubiesen seguido más fielmente el sistema de su maestro, si no se hubiese abusado tanto y tanto como posteriormente se

abusó de él, llegando á veces hasta á tergiversar por completo sus conceptos, el nombre de Descartes en el mundo católico sería quizás mucho más respetado.

Pero si de la teoría de Descartes pudo sacarse los gérmenes de una perniciosa duda, con Kant, es, señores, con quien verdaderamente aparece el funesto árbol del racionalismo, cuyas ramas, extendidas hoy por toda la Europa, esparcen por ella su fétido aliento y cuyos frutos de maldición y de muerte están desgarrando las entrañas de nuestra sociedad. De Kant, señores, del criticismo trascendental de su *Crítica de la razón pura*, es de donde salieron todos los absurdos sistemas modernos, que empezando por elevar la razón del hombre á la categoría de soberana, la han hundido después en el polvo y en el cieno, declarándola, unas veces inepta para elevarse á la certidumbre absoluta, mero espectro, vaga sombra, ilusión, delirio, nada; ó considerándola, otras veces, como simple sustancia material por la misma materia secretada. Kant fué el primero que empezó en su *Crítica de la razón pura*, por proclamar á la razón soberana, llamando á su presencia y á su juicio á los cielos y á la tierra, á Dios y al mundo, á los ángeles y á los hombres. Nada de lo que hasta entonces habían tenido por más sagrado los hombres, fué respetado por Kant. ¿Y cuál fué el resultado de sus estudios? El único que merecía su incomparable orgullo y su desmedida soberbia. Después de decirnos que su razón ganosa de lo absoluto quería recorrer en alas de la especulación el universo mundo y el hecho creador, el génesis de la idea y el génesis cósmico, intentando describir en un proceso continuo la vida de los seres, acaba, señores, por decirnos en su *Crítica de la razón pura* y como último resultado de sus estudios, que no, que todo es pura apariencia de la razón del hombre, que jamás podrá éste elevarse á la certidumbre absoluta, que el mundo que vemos no es real, que todo es pura apariencia, que Dios, la religión, el hombre, el mundo, no son sino sombras, sueños, delirios, dudas, ruinas; y á fuerza de negaciones, la razón de Kant no sabiendo ya qué más negar, acaba por negarse á sí misma. ¡Soberbia conclusión del gran iniciador de ese movimiento con que algunos pretenden prometer á la Europa cosas tan esplendorosas! ¡Solemne castigo con que la Providencia humilla á la razón orgullosa, condenándola cuando más alto pretende por sí sola remontar su vuelo á

(Continuará).

A María Inmaculada, Patrona de España

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza.
A Tí, celestial Princesa,
Virgen Sagrada María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón;
Míranos con compasión,
No nos dejes, Madre mía.

GLOSA.

Hoy, Señora, tu grandeza
Celebra la patria mía,
Exclamando en su alegría:
Bendita sea tu pureza.

En la ciudad y en la aldea
Tu pueblo en fervor compite;
Bendita, otra vez repite,
Y eternamente lo sea.

Honrada verte desea;
Quiere en tu gloria gozarse;
¿Y cómo en Tí no ha de holgarse,
Pues todo un Dios se recrea?

Cómo no? si su tristeza
En gozo la ve trocada,
Cuando fija su mirada
En tan graciosa belleza.

Si en heroica y santa empresa
Legó su nombre á la historia,
A Tí, te debe su gloria,
A Tí, celestial Princesa.

Vive su fe todavía,
Aún la fe su pecho inflama,
Y por Patrona te aclama,
Virgen Sagrada María.

Hoy en su triste agonía
Esa fe que aún brilla pura

En tu pueblo sin ventura,
Te ofrezco desde este día.

Hoy en su amarga aflicción
Por mí te ofrece, Señora,
Con la fe que aún atesora,
Alma, vida y corazón.

Muestra que no sin razón
Se acogió bajo tu manto,
Enjuga, Madre, su llanto;
Míranos con compasión.

Si eres de España alegría,
De nuestro pueblo el honor,
Dispénsanos tu favor,
No nos dejes, Madre mía.

V. A.

LAS ASOCIACIONES CATOLICAS

I.

¿Cuál es su origen, su naturaleza y su fin? ¿Cuáles son los medios con que cuentan y las reglas á que se hallan sometidas para alcanzar este último? ¿Es un deber del católico, en los actuales tiempos, formar parte de ellas? ¿Es más conveniente su multiplicidad, ó su unificación? He ahí una serie de cuestiones que nos sugiere el mero enunciado de este artículo y en las que vamos á ocuparnos brevemente, empezando por investigar el *origen* de las *Asociaciones católicas*.

En virtud de la constitución establecida por su Divino Fundador, invariable en su esencia y sólo susceptible de modificación en sus delineamientos secundarios cuando los tiempos y circunstancias lo exijan, hállase la autoridad, en la sociedad eclesiástica, organizada en admirable jerarquía y vinculada en una determinada clase (la clerecía), no esclusiva ni hereditaria, sino abierta para cuantos se sientan llamados por vocación interior. Fuera de esta clase quedan sólo los llamados legos ó simples fieles, que forman el *pueblo* cristiano, sin que en ellos radique, ni de un modo originario, ni constituyente, ni constituído, ni de otro alguno, la más pequeña parte de autoridad.

No quiere, no obstante, decir esto, que los legos no influyan en la marcha de la sociedad eclesiástica; pues, lejos de esto, la dignidad que ya el Sacramento del bautismo les confiere al in-

gresar en la Iglesia, les hace aptos para que, en mayor ó menor grado, puedan *auxiliar* en el ejercicio de su autoridad á los que de ella se hallan revestidos, para alcanzar el fin de la Iglesia, que no es otro, que el de perpetuar acá en la tierra la obra divina de la Redencion.

Y tan cierto es esto que en los tres órdenes ó aspectos primordiales del poder eclesiástico toman parte como auxiliares (jamás como autoridades) los simples fieles. Así, por ejemplo, como auxiliares del *Sacerdocio* pueden en caso de necesidad los legos administrar el bautismo: como auxiliares del *Imperio* ó *Gobierno*, tienen algunas veces á su cargo la provisión de oficios ó la administración de bienes eclesiásticos: como auxiliares de su *Magisterio*, pueden y deben predicar con el ejemplo y con el precepto, según su estado, las verdades, los preceptos y los consejos evangélicos.

Y en ese tercer aspecto de su poder necesita y agradece especialmente la Iglesia, la cooperación de los legos. Porque así como el *Sacerdocio* y el *Imperio* los ejerce principalmente para su vida interior, el *Magisterio* lo ejerce también en gran parte en lo que podria llamarse su vida externa ó de relaciones exteriores; es decir, por medio del *Magisterio*, predicando el Evangelio *á toda criatura*, es como cumple principalmente con la misión de estender por todos los ámbitos del mundo los beneficios de la Redención. Y como precisamente en el cumplimiento de esta misión es donde mayores obstáculos se le presentan y donde más encarnizados combates ha de sostener: es natural y lógico que para llenarla satisfactoriamente admita la cooperación de quienes, sin dejar de permanecer sumisos á su autoridad, deseen pelear en su defensa y á sus órdenes.

Por esto desde antiguo prestaron los simples fieles su cooperación á la autoridad eclesiástica; mas previendo cuánta eficacia aporta á toda empresa la asociación, acudieron á ella para que fuese más eficaz su auxilio.

Y como nadie es más fecundo en recursos que el Catolicismo, ni nadie más oportuno en aplicarlos, según lo exijan las necesidades de los tiempos, á medida que éstas han dejado sentirse han surgido diversas clases de asociaciones de legos, para acudir en auxilio de la autoridad eclesiástica con el fin de aplicar á aquéllas su remedio. Sintióse por ejemplo en los primitivos tiempos del Cristianismo la necesidad de arraigar y fomentar la piedad entre los miembros mismos de la Iglesia: y se formaron desde luego ciertas reuniones ó asociaciones de fieles que se dedicaron á la práctica de la perfección cristiana: tales fueron las congregaciones, las cofradías y aún los institutos religiosos. Respecto de éstos hay que hacer sin embargo una observación: además de estar caracterizados por el voto, alcanzaron algunos de ellos cierta participación en el poder eclesiástico; pero fué

precisamente porque la mayor parte no son asociaciones de solos legos, sino que entran también en ellas los clérigos y aún constituyen éstos su núcleo principal. Sintióse, más tarde, la necesidad de atender de un modo especial en nombre de la Iglesia, á la práctica de la caridad cristiana: y surgieron luego esas benditas asociaciones de legos que se llaman Conferencias de San Vicente de Paúl, para venir en ayuda de la autoridad eclesiástica en el ejercicio de aquella virtud divina. Hase dejado sentir hoy una nueva necesidad: los enemigos de la Iglesia han se propuesto vencerla, presentándole el combate en el campo no ya religioso, sino en el campo de las relaciones sociales y políticas, en el campo de la ciencia, del arte, de la civilización y de los adelantos modernos; y he aquí como una nueva clase de asociaciones ha venido en auxilio de la Iglesia; y he aquí también el origen filosófico, la razón de ser de las modernas *Asociaciones católicas* en el sentido peculiar que hoy damos á estas palabras.

¿Y cuál es su origen histórico? Es decir, ¿en qué momento histórico han empezado á revestir las *Asociaciones católicas* este su carácter peculiar que hoy las distingue? No pueden considerarse como tales, ni los institutos religiosos, ni las congregaciones ni cofradías, que empezaron á existir desde los primitivos tiempos, ni los gremios de la Edad Media, ni las demás que han venido á cumplir fines distintos, porque su razón de ser ha sido también una necesidad distinta. Veamos en qué momento la necesidad de que hablábamos se ha dejado sentir con toda su fuerza, y sin duda allí encontraremos la aparición de las *Asociaciones católicas*. En efecto, cuando en época no muy lejana, decidida en los tenebrosos antros de las sectas secretas la destrucción de la soberanía temporal del Romano Pontífice, como medio para destruir más tarde su soberanía espiritual, y con ella, si posible fuese, á la Iglesia misma, se arrojaron los ejércitos de la Revolución sobre los Estados del Papa, los católicos sinceros y especialmente la ardorosa juventud de la más ilustre alcurnia, corrieron á ponerse al lado de Pío IX para defender los derechos de la Iglesia aún á costa de su noble sangre. Vertióse ésta con santa generosidad; pero la Revolución materialmente más poderosa logró arrebatar al Pontífice sus Estados. Entonces fué cuando empezaron á formarse en Italia sociedades católicas laicas que emprendieron animosa lucha en defensa de la Religión y del Pontificado, distinta de la que entonces terminaba, ó quizás diremos mejor, se suspendía, pero en la cual no merecían menos sus adalides las bendiciones de la Iglesia, por cuanto era idéntico su fin primordial. Y desde entonces se estendieron estas Asociaciones á casi todas las naciones cristianas.

Por lo que á España se refiere, recomienda espresamente las *Asociaciones católicas* llamándolas *cohortes auxiliares* la notable encíclica *Cum multa* dirigida por S. S. León XIII al Episcopado

español. Encarecen más tarde su importancia la circular de la Nunciatura de 30 de Abril de 1883 y los Congresos católicos nacionales. Fijándonos además particularmente en nuestra diócesis, la pastoral publicada por nuestro Excelentísimo Prelado á raíz de la encíclica *Humanum genus*, en 13 de Mayo de 1884, encarga á los reverendos párrocos que procuren establecer y fomentar las *Asociaciones católicas*: y posteriormente el *Sínodo diocesano* dedica la Const. XVIII, tit. 2.°, lib. 1.°, que lleva el epígrafe *Asociacions de Propaganda* á recomendar á los propios señores párrocos la institución, fomento é inspección cuidadosa y especial de las Asociaciones de propaganda católica.

Tal es el origen filosófico é histórico de las *Asociaciones católicas* cuyo carácter, definido con admirable acierto en la encíclica *Cum multa* será objeto de otro artículo.

R. M. y D.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE EL PERIODISMO CATÓLICO

III.

Mi querido Conrado: claro está que me ha complacido no poco la noticia que me das acerca del éxito de nuestra Revista, así como sentiría en el alma que no dejara satisfechos á nuestros abonados. Si éstos llegan á encariñarse con la publicación, de modo que esperen el día del recibo del Número, para saborear su lectura, yo te aseguro que estará asegurada la vida de *La Academia Calasancia*, aun cuando no le alcancen esos donativos piadosos de que habla Mons. Aparisis y á que me referí en la anterior carta. No deseamos suscriptores de compromiso, que éstos acaban por abandonar la suscripción; sino lectores de afición y de entusiasmo, los cuales, no sólo perserveran suscriptos mientras el Periódico no vaya en decadencia, sino que se constituyen en voluntarios propagadores del mismo, contribuyendo así á su arraigo y florecimiento. Por esto me alegro tanto de que haya ahí lectores entusiastas de nuestra Revista, pues serán otros tantos colaboradores de nuestra obra de propaganda.

Pero vamos al punto capital de nuestra correspondencia. «Las observaciones de Mons. Aparisis, me dices, aunque entrañan un fondo de verdad, son no poco exageradas, pues según el eminente literato y Prelado católico, todo está por hacer en materia de periodismo ortodoxo, siendo así que existen muchas y muy buenas publicaciones católicas. Y aun cuando sus apreciaciones fueran rigorosamente exactas, no tanto rezarían con Revistas

como la que estais publicando, cuanto con Diarios que permanezcan día y noche en la brecha, rechazando á todas horas los acometimientos de los adversarios de la Iglesia. Ese periodismo diario, entiendo yo que hace falta en el campo en que deben reñir sus batallas, la fe y la incredulidad.»

No involucremos las cuestiones: examinemos hoy hasta qué punto sea cierto que existe el periodismo católico, y dejemos para otro día el examen de si es preferible la prensa periódica diaria. Y por de pronto, yo no vacilo en afirmar que en España, aunque se publican muchos periódicos católicos, no hay periodismo católico, porque aquéllos no satisfacen, ni de mucho, á las necesidades de la época. Comparada con la prensa racionalista, la católica es exigua, y no basta para la defensa de los intereses morales y religiosos, ni para el apoyo de la jerarquía y de las instituciones eclesiásticas, ni para la vindicación de la libertad é independencia del Pontificado. Entre los periódicos católicos españoles, los que mayor suscripción alcanzan son los que defienden algún ideal político, siendo diarios; y si son Revistas semanales ó quincenales, aquellas que viven consagradas á mantener la piedad entre las almas sencillas y cuidadosas de la salvación eterna. Mas los dedicados á la defensa de la verdad católica y á la refutación de los errores modernos y al mantenimiento de los derechos de la Santa Sede y á la reconquista de las libertades eclesiásticas, todos ellos, sean ó no diarios, cuentan con escaso número de suscriptores, y sólo se sostienen á costa de penosos sacrificios. Esta es la verdad, aunque verdad triste y desconsoladora.

En Bélgica y en Alemania y en Suiza, existe de hecho el periodismo católico, pero no existe en Francia, ni en Italia, ni en España. Pudo el célebre Windthorst decir en el Congreso de Coblenza, que la vitalidad del Catolicismo en Alemania se probaba por la vitalidad de su prensa. Lo mismo puede decirse de Bélgica y de Suiza, donde existe una prensa católica numerosa, potente y bien disciplinada. Pero en esos países, lo mismo que en Francia, apenas existe familia que no reciba y lea publicaciones periódicas, con la diferencia, empero, que en aquéllos los católicos sólo leen periódicos católicos, y en Francia la mayor parte de las publicaciones impías son leídas por los que se titulan hijos de la Iglesia. En Italia y en España el número de lectores de periódicos es muy inferior al de las naciones nombradas, pues no representa ni la cuarta parte total de la población; y aún debes añadir á esa circunstancia, la de que la generalidad de sus lectores son políticos, gente liberal y revolucionaria, que con su dinero sostienen la prensa acatólica; mientras los católicos prácticos y convencidos, son los que menos afición muestran á esas lecturas periodísticas. Por donde, y aunque parezca paradógico, podemos afirmar que las naciones que pasan por más ca-

tólicas, esto es, España é Italia, son las que tienen un periodismo católico mas deficiente, y eso que lo es en gran manera el de Portugal y Francia.

De estas consideraciones, que surgen de las estadísticas más fidedignas, sacarás en conclusión, que Mons. Aparisis, dirigiéndose á los franceses, no estuvo exagerado al ponderarles la obligación de imponerse sacrificios para crear una buena prensa periódica; y que esa obligación todavia apremia más á los católicos españoles. Nosotros nos hallamos en situación muy parecida á la de los italianos; pues bien, á éstos decia el Papa León XIII, en su Encíclica de 15 de Octubre del año pasado, lo siguiente que muy bien podemos apropiarnos nosotros:

«Porque el principal instrumento de que se sirven los enemigos es la prensa, en gran parte por ellos inspirada y sostenida, CONVIENE QUE LOS CATÓLICOS OPONGAN LA BUENA PRENSA Á LOS MALOS PERIÓDICOS, para la defensa de la verdad y de la religión y sostén de los derechos de la Iglesia. Y como es tarea de la prensa católica poner al desnudo las pérfidas maquinaciones de los sectarios, ayudar y secundar la acción de los sagrados Pastores, defender y promover las obras católicas, *así es deber de los fieles, sostenerla eficazmente*, sea negando ó retirando todo favor á la mala prensa, *sea directamente cooperando cada uno en la medida de sus fuerzas, haciéndola vivir y prosperar.*» Ya ves, querido Conrado, que León XIII es poco menos exigente que Mons. Aparisis, en la determinación de la conducta que han de seguir los fieles respecto al periodismo católico: también reconoce que *es un deber sostenerlo eficazmente, que es un deber el cooperar en la medida de sus fuerzas, á hacerlo vivir y prosperar.* Quien así se produce es el mismo Vicario de Jesucristo, y sólo porque los católicos hacemos oídos de mercader á la palabra pontificia, cuando ésta nos preceptúa algún sacrificio, es por lo que no nos movemos á impulsar las publicaciones ortodoxas, destinando á esa obra parte de nuestros caudales, cuando no parte de nuestras energías.

Para concluir esta carta, voy á citarte las palabras pronunciadas por el P. Llanas en el Congreso Católico de Zaragoza, que vienen como de molde al caso que discutimos. «*Deber es de todo buen católico*, decía nuestro Director, *contribuir al sostenimiento y propagación* de los escasos periódicos que hoy se dedican exclusivamente á la propaganda católica, mayormente si funcionan con la aprobación y bajo la vigilancia de las autoridades eclesiásticas; porque en el estado actual de cosas, esos periódicos representan la prensa católica en su mayor pureza, y deben, por ende, ser considerados como una extensión del ministerio apostólico de la Iglesia docente. Por lo cual *los católicos deben acudir á su desarrollo y fomento,* ya colaborando en ellos, ya remitiéndoles exactas é interesantes correspondencias, ya

promoviendo la suscripción á los mismos, ya recomendando su lectura. Si los católicos fervientes dieran á esta cuestión la importancia que realmente tiene, podrían hacer una obra gratísima á Dios, muy útil á la Iglesia y sobremanera meritoria para sus almas, *concurriendo con sus donativos á mejorar las condiciones de la prensa católica,* aumentando su prestigio literario y su circulación, y mas aún, *estableciendo legados para crear el periodismo* que ha de funcionar á las órdenes de los señores Obispos ó de algún Instituto religioso. No se me alcanza que puedan los católicos en las presentes circunstancias aplicar sus energías personales, sus prestigios sociales ó literarios ó los bienes de fortuna, á obras de caridad cristiana ó de piedad religiosa, más excelentes en sí mismas, más meritorias por su alcance, más eficaces para el bien, que cooperando á la creación, al sostenimiento y al desarrollo de la prensa católica, puesta bajo la vigilancia de las autoridades eclesiásticas, ó servida por alguna Corporación religiosa á este fin instituída.....»

Confesemos, querido Conrado, que hay entre nosotros mucho excepticismo religioso, y así nos explicaremos la indiferencia con que contemplamos los rudos ataques de la prensa racionalista á nuestras creencias. Si tuviéramos una fe viva é ilustrada, nos impondríamos algún sacrificio para sacarla triunfante en las luchas periodísticas. Así lo hacen los católicos alemanes, que sin duda son más creyentes que nosotros. Allí los periódicos de exclusiva propaganda religiosa, se ven apoyados por los fieles, que creen deber de conciencia suscribirse á ellos. Así es que «Los Domingos Católicos» de Stuttgart, «El Periódico Católico popular» de Maguncia, «La Revista para el pueblo cristiano» de Augsburgo, y «Las Misiones Católicas» de Freiburgo, cuentan respectivamente 40,000, 20,000, 17,000 y 15,000 suscriptores. ¿Qué Revista española, de pura defensa católica, puede presentar suscripciones tan numerosas? Pues todavía está más floreciente que el alemán el periodismo católico belga. Bien es verdad que en esos países la acción católica se desarrolla en el terreno de la política, y que esta circunstancia favorece en mucho el florecimiento de la buena prensa; pero no es menos cierto, que aquellos fieles subordinan la cosa política á la religiosa: y que, por regla general, nosotros hacemos lo contrario, no logrando, por lo mismo, cierto grado de prosperidad sino aquellas de nuestras publicaciones que, siendo católicas, son ante todo políticas. Precisamente los periódicos que acabo de citarte son de pura propaganda católica, sin conexiones con los partidos católicos. Es que allí los católicos son más prácticos, mas convencidos, más creyentes; estiman en más su calidad de católicos y los deberes que de ella dimanan.

Quizás me he extendido demasiado en este punto; pero es que lo considero de suma importancia, y tengo grande empeño

en que pienses sobre él lo más acertado. Y hasta me parece que, leída la presente, convendrás conmigo en dos cosas: primero, en que en España carecemos de prensa periódica católica, aunque se publican varios periódicos católicos: segundo, en que faltamos á un deber de conciencia al contemplar indiferentes la precaria situación de nuestra prensa católica. En la carta siguiente te hablaré de la prensa diaria, que tú prefieres á la periódica propiamente dicha.

Tu afmo. amigo y S. S. Q. T. M. B.

Barcelona 1.º de diciembre de 1891.

O. S.

OBSEQUIOS FÚNEBRES.

El Sr. Obispo y el Cabildo de Málaga, han celebrado un solemne Oficio de Difuntos por el alma de D. Alfonso XII; de varios puntos de España se han remitido coronas fúnebres al Escorial, para conmemorar el sexto aniversario del fallecimiento de don Alfonso, llamando la atención la que ha enviado la ciudad de Barcelona. Estas dos noticias que nos dan los Diarios, significan que Málaga ha honrado cristianamente la memoria del último Monarca, y que Barcelona la ha honrado á la manera de los paganos. Y decimos esto último, porque la costumbre que va prevaleciendo, de cubrir con flores y adornar con coronas los sepulcros, es una de las tantas manifestaciones del espíritu pagano, que revive en medio de nuestras sociedades, gracias á los esfuerzos innovadores del racionalismo reinante.

Sabido es que los paganos, sobre todo al aceptar la filosofía materialista de Epicuro, ponían grande empeño en adornar con joyas, flores, coronas, esencias y aromas, los cadáveres de los seres queridos, á los cuales erigían artísticos y elegantes sepulcros ó grandiosos y monumentales Mausoleos. No admitiendo en el hombre más que el elemento corporal y orgánico, eran hasta cierto punto lógicos, cuando se esmeraban en ataviar y enaltecer los cadáveres, que para ellos representaban la totalidad íntegra de la persona que desaparecía. A medida que las ideas y los sentimientos cristianos se abrieron paso en medio de la sociedad pagana, á medida que fué imponiéndose el concepto de que el hombre es un ser compuesto de espíritu y de cuerpo, y que la vida arranca del espíritu y no del cuerpo, siendo por lo tanto el elemento espiritual el más importante, el que más esencialmente contribuye á la personalidad humana, fueron cayendo en desuso los ridículos é inmorales honores tributados al tronco inanimado; y cuando la sociedad fué en su integridad cristiana,

desapareció del todo la práctica antigua de depositar flores, ramos y coronas, sobre las tumbas.

Pero los enciclopedistas franceses del siglo pasado, en su empeño de restaurar las prácticas y costumbres del paganismo, recordaron y trataron de poetizar, la ya olvidada práctica de honrar los cadáveres con coronas de siempre-vivas y con ramos de olorosas flores; y escogieron el cadáver de su porta-estandarte, del cínico é impío Voltaire, para inaugurar en él la resurrección de la ritualidad pagana. Celebraron que Voltaire fuera enterrado civilmente, y para que ese entierro fuera más anticristiano, simularon las ceremonias paganas abolidas por el Cristianismo, olvidando por completo los destinos de aquella alma pecadora, y engalanando y cubriendo de flores y adornando con coronas la caja fúnebre que contenía los restos mortales del corifeo de la impiedad. Es excusado decir que ese ejemplo, tan sonado y enaltecido por los libre-pensadores de la época, tuvo muchos secuaces durante la Revolución francesa, y que de ahí arrancó la moda que estamos reprobando y que desde Francia ha pasado á España y á otras naciones de Europa. Aun que no fuera más que por su origen, debía todo buen católico protestar contra costumbre tan abiertamente opuesta al sentimiento religioso.

Además de que, siempre será altamente inmoral ese empeño de apartar la vista del hombre, de las regiones eternas, para concentrarla en el estrecho círculo del tiempo y de la materia. Comprendiendo los materialistas, que no es fácil que el hombre se desprenda totalmente de los lazos que le unieron á los seres que le arrebata la muerte, han adoptado la táctica diabólica de dirigir los recuerdos cariñosos hacia el cuerpo corruptible, ensalzando la justicia del homenaje que se le rinde, y desviando la atención y el sentimiento del principio inmortal, para el cual la Iglesia guarda todas sus preferencias. Y por absurdo que sea ese obsequio de flores y coronas hecho al cadáver insensible é inerte, no son pocos los católicos que se esmeran en realizarlo, olvidando elevar plegarias y sufragios por el alma que sobrevive á la descomposición de la materia. Y práctica tan anticristiana no conduce, como se intenta, al olvido de la muerte; pero sí al olvido de la vida eterna del alma. Por esto es tan absurda como impía.

MARIO ARNAL Y DURAN.

PENSAMIENTOS

Figúranse algunos que la religiosidad es signo de espíritu apocado y de capacidad escasa; y que por el contrario la incre-

dulidad es indicio de talento y grandeza de ánimo. Yo sostengo que con la historia en la mano se puede demostrar que en todos tiempos y países los hombres más eminentes han sido religiosos.

Balmes.

***

¿Quereis contar vuestros amigos? Aguardad á la desgracia.

Napoleón.

***

Del talento al buen juicio, hay más distancia de la que se piensa.

Montalembert.

***

En las santas Escrituras se debe buscar la verdad y no la elocuencia. Toda escritura sagrada se debe leer con el espíritu con que fué inspirada. Debemos buscar en las Escrituras más la utilidad, que la sutileza del discurso. Con la misma complacencia debemos leer los libros sencillos y piadosos, que los sublimes y profundos. No te dejes alucinar por la autoridad del que escribe, sea poca ó mucha su erudición; más muévate á leer el amor de la pura verdad. No mires quién lo ha dicho; sino atiende que tal es lo que se dijo.

Kempis.

***

¿No decís que el dinero es el agente universal, que el oro es el talismán para obrar los mayores prodigios? pues abrid vuestras arcas, derramad á manos llenas vuestros tesoros, y ved si con todos ellos lograreis formar una *hermana de la Caridad.*

Lacordaire.

***

Se habla mucho de abusos cometidos por las Órdenes religiosas: sin duda los ha habido muy grandes; pero yo voy á permitirme leer estas breves frases que ninguno de vosotros, señores diputados, rechazaría: «no hay monasterio que no encierre almas admirables, que honran á la naturaleza humana. Demasiados escritores se han ocupado en buscar los desórdenes y los vicios que alguna vez han manchado estos asilos piadosos. Lo cierto es que la vida del siglo ha sido siempre mucho más viciosa; que los grandes crímenes no se han cometido nunca en los monasterios;

lo que hay es que se han notado más por su contraste con la regla.» Estas palabras, son de Voltaire.

El primer Marqués de Pidal.

*
* *

¿Quereis, señores, tener orden moral y material? Hay dos modos, uno para mañana y de una manera aparente, otro para dentro algunos años pero de un modo estable. El primero es el ejército, la guardia civil, la policía; el segundo es el levantamiento del principio moral, debajo del sayal del franciscano, de la sotana del sacerdote, de la capucha del hijo de Sto. Domingo. Cuando tengais esto, podreis ahorrar casi todo lo que gastais, en ejército, en guardia civil y en policía, sin temer que se altere en lo más mínimo el orden.

Cándido Nocedal.

*
* *

¿De qué depende que un cojo no nos incomoda y en cambio un espíritu cojo suele irritarnos? Es la causa, que un cojo reconoce que vamos derechos y un espíritu cojo dice que nosotros somos los que cojeamos; sin esto nos inspiraría más piedad que cólera.

Pascal.

*
* *

La pereza camina tan despacio que pronto la alcanza la miseria.

* * *

*
* *

¡Oh razón del hombre! ¡No eres más que una gota desprendida de la poderosa mano del Criador, y la tierra, que te apercibe bajo la apariencia de un inmenso océano, quiere elevarse hasta el cielo sobre tus ondas de impiedad!

¡Es en vano! Tú crees tocar los bordes del horizonte y tu vuelo audaz se lanza para alcanzarlos. ¡Es en vano! El vuelo que te sostiene no subirá jamás tan alto. Te elevas sobre las nubes, pero como la escarcha, caes siempre sobre la tierra.

Cree, y el rayo de la fe, encendido en los cielos, te elevará más allá de las mismas prevenciones; reconcentrará tu fuego en tu seno y conocerás intuitivamente las más altas verdades: cree.

Chateaubriand.

Recogidos por N. P. y D.